ALFREDO L. PALACIOS

11 (759-13)

EN DEFENSA DE LAS INSTITUCIONES LIBRES

ediciones ercilla

0282
(759-

EN DEFENSA DE LAS INSTITUCIO[NES] LIBRES

por Alfredo L. Palacios

Alfredo L. Palacios es uno de los más prestigiosos líderes políticos del continente. Discípulo de Juan B. Justo, fundador del socialismo argentino, se ha caracterizado por una porfiada y brillante campaña «en defensa de las instituciones libres», del Parlamento, la Universidad renovada, de la juventud y de los obreros.

Actualmente, Palacios es senador por Buenos Aires. Desde muchos años atrás ejerce mandato parlamentario. Su popularidad ha resistido los vaivenes de la política militante y ha cuajado en bellos y enjundiosos libros, uno de los cuales es el presente.

Palacios ha defendido ardientemente el derecho de la Argentina sobre las Islas Malvinas. Ha sido incansable opositor del imperialismo yanqui e inglés. Ha representado lo más señero del espíritu avanzado en la Universidad de su patria. Y tiene una limpia y enaltecedora foja de servicios prestados a su país y a la causa de Indoamérica.

En este libro sintetiza su posición frente a dos dictaduras antagónicas: la de Hipólito Irigoyen, representante del radicalismo personalista, y la del general Uriburu, representante de la reacción conservadora argentina. Palacios se opuso a ambos: al uno por la tendencia oligárquica de su gobierno, y al otro por su entrega incondicional en manos de la plutocracia.

«En defensa de las instituciones libres» es un libro ejemplar. Creemos que su publicación recapitula y alumbra aspectosa pasionantes de la política argentina y, por ende, de la política del continente.

Editorial Ercilla

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

PRINTED IN CHILE

Prensas de la Editorial Ercilla.—Agustinas 1639

COLECCION CONTEMPORANEOS

ALFREDO L. PALACIOS

En Defensa de las Instituciones Libres

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

ACCIÓN DEMOCRÁTICA CON MOTIVO DEL PRONUNCIAMIENTO DEL 6 DE SEPTIEMBRE DE 1930.

Prólogo de Manuel Seoane

EDICIONES ERCILLA
SANTIAGO DE CHILE
1936

LIBROS DEL AUTOR

ACTUACION PARLAMENTARIA.—1094 - 1908, 733 páginas. Editado por el Partido Socialista. (Buenos Aires, Imprenta «El Progreso»).

DISCURSOS PARLAMENTARIOS.—1 tomo. 233 págs. (F. Sempere y Cía., Valencia, 1910).

POR LAS MUJERES Y LOS NIÑOS QUE TRABAJAN.—1 tomo, 236 páginas. (F. Sempere y Cía. Valencia, 1911).

DOS AÑOS DE ACCION SOCIALISTA.—1 tomo, 448 páginas. (Sociedad Prometeo.—Valencia, 1914).

EN DEFENSA DE LOS TRABAJADORES.—1 tomo, 467 páginas. (Sociedad Prometeo. Valencia, 1915.)

LA JUSTICIA EN EL EJERCITO.—1 tomo, 237 páginas. (Revista Militar. Buenos Aires, 1918).

CODIGO DE JUSTICIA MILITAR.—En colaboración con Manuel B. Gonnet y Vicente C. Gallo. (Buenos Aires, 1913).

EL NUEVO DERECHO.—1 tomo, 444 páginas, prólogo de Manuel B. Gonnet. Primera edición.—J. Lajouane y Cía. (Buenos Aires, 1920). Segunda edición, 1928. Con prólogo de Carlos Sánchez Viamonte. 3.ª edición, 1934. Buenos Aires. «Editorial Claridad».

LA FATIGA Y SUS PROYECCIONES SOCIALES.—1 tomo, 320 páginas. Investigaciones de laboratorio en los talleres del Estado. Premio nacional a las producciones científicas, 1923. Primera edición 1923. Segunda edición 1924. Prólogo de Carlos N. Caminos. Editado por la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires. Tercera edición 1935. Editado por «La Vanguardia».

LA UNIVERSIDAD NUEVA.—1 tomo, 255 páginas. Editado por M. Gleizer. Buenos Aires, 1925.

POR LA UNIVERSIDAD DEMOCRATICA.—1 tomo, 100 páginas, Editado por la Revista de Ciencias Económicas. Buenos Aires, 1927.

UNIVERSIDAD Y DEMOCRACIA.—1 tomo, 270 páginas, 1928. «Editorial Claridad». Buenos Aires.

DERECHO DE ASILO.—1 tomo; en colaboración con Carlos N. Caminos, 118 páginas, Buenos Aires.

ENSEÑANZA SECUNDARIA.—1 tomo, 115 páginas, edición oficial de la Universidad Nacional de La Plata, 1929, La Plata.

ACCION UNIVERSITARIA.—1 tomo, 157 páginas. Edición oficial de la Universidad Nacional de La Plata, 1929. La Plata.

LA DEMOCRATIZACION DE LA ENSEÑANZA—1 tomo, 120 páginas. Editado por la Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1930. Editorial «Claridad» Buenos Aires.

NUESTRA AMERICA Y EL IMPERIALISMO YANQUI.—1 tomo, 230 páginas, 1930, Madrid.

EL PROCESO ALVEAR—En colaboración con Luis Roque Gondra y Manuel Carlés. 1 tomo, 300 páginas, 1932. «Editorial Claridad», Buenos Aires.

EL SOCIALISMO ARGENTINO Y LAS REFORMAS PENALES—1 tomo, 177 páginas. «Editorial Claridad». Buenos Aires, 1934.

LAS ISLAS MALVINAS.—1 tomo, 170 páginas. «Editorial Claridad», 1934.

LIBERTAD DE PRENSA.—1 tomo, 224 páginas. «Editorial Claridad».—1935.

EN DEFENSA DE LAS INSTITUCIONES LIBRES.—1 tomo, 330 páginas. «Editorial Ercilla», Santiago de Chile 1936.

PROLOGO

Las últimas semanas de agosto de 1930, fueron escenario de gran agitación contra el gobierno de Hipólito Irigoyen. Por esa época yo participaba casi diariamente del porfiado puchero criollo, que es la base de todo almuerzo en casa de Palacios. A través de la hora, propicia a confidencias y expansiones, vi desfilar irigoyenistas decepcionados, ortodoxos devotos de Carlos Marx, bullentes directores estudiantiles y solemnes pontífices universitarios.

Todos acusaban fiebre revolucionaria y cada cual creía empujar un poco los acontecimientos. Era unánime la crítica al gobierno, pero sus causas y procedencias resultaban heterogéneas. Dentro de la apasionada baraúnda de acontecimientos, muchos perdieron la cabeza y en franco delirio panglossiano, juzgaron que el desplome radical implicaba la victoria automática de sus particulares puntos de vista.

Pero los hechos son rebeldes y tercos. Un gobierno nunca se desmorona con ataques superficiales y epidérmicos, por justificados que éstos sean. Palacios, dentro del maremagnum, no abandonó su clave para distinguir lo principal de lo accesorio, el efectivo factor revolucionario de la intrascendente amenaza verbalista. A Hipólito Irigoyen, además de sus errores, lo derrumbaron el descontento de los terratenientes perjudicados por la baja de las exportaciones y la sorda oposición de las empresas petrolíferas, doblemente amenazadas por el monopolio del Estado y el abaratamiento de la nafta. Se advirtió el momento propicio para alcanzar por el atajo de la revolución, lo que no se podía lograr por el camino del sufragio, y marchó hacia la Casa de Gobierno la columna revolucionaria multicolor, en la

que no faltaron izquierdistas ingenuos que se engañaron totalmente con el significado del movimiento.

Palacios percibió con claridad dentro del caos. No se dejó contagiar del ambiente y, solo contra todos, advirtió que, por la génesis de los sucesos y por la fuerza relativa de cada grupo, habrían de predominar los que le imprimirían una clara tendencia reaccionaria. ¡Cuánto lo criticaron y atacaron sus amigos de la víspera! Todo ciudadano que milita en política tiene derecho a ser jefe. Pero ningún jefe tiene derecho a equivocarse en los momentos decisivos. Los acontecimientos posteriores justificaron con plenitud la previsión de Palacios y éste resultó, semanas más tarde, uno de los poquísimos directores que habían justificado su calidad de tal.

No habría bastado el acierto en el pronóstico: primera lección de solvencia intelectual. Faltaba la actitud en los hechos: segunda lección de integridad ética. Palacios ajustó su conducta a sus ideas. Descalificó al régimen surgido del pronunciamiento del 6 de septiembre y sucesivamente renunció al Decanato de Derecho y a sus cátedras, para aumentar su pobreza. El gesto no es común en medios criollos donde la industria de hacerse el abonzo está bastante desarrollada. Palacios, cuyo estudio de abogado es una oficina de gratuita ayuda al prójimo, se desprendió sin quejas, a una altura importante de su vida, de toda fuente de ingresos.

Hizo algo más. Si triunfa una dictadura, había dicho a sus alumnos de la Facultad de Derecho, nuestro lugar será la cárcel o el destierro. Con su antigua manía de caballero medioeval arremetió contra los triunfadores en escritos y discursos. Las celdas de la Penitenciaría Nacional no tardaron mucho en cerrar sus rejas tras el profesor que cumplía su palabra.

Podría terminar aquí el esbozo del hombre y de su panorama en cuanto se vinculan a los sucesos que este libro contiene. Pero no quiero ni debo silenciar otros perfiles de la personalidad intelectual de Palacios en esta hora de debate sobre las ideas renovadoras que movilizan al mundo.

Me refiero a su nacionalismo y a su valoración de los factores del espíritu. Palacios fué uno de los primeros en conciliar los conceptos de socialismo y patria, presentados como antagónicos en el manual del revolucionario perfecto. La experiencia humana comprueba que el nacionalismo tiene raíces biológicas

y que el amor por la tierra en que se nace, la predilección por sus usos y costumbres y el mandato fluyente de la tradición, constituyen realidad operante e indestructible. La protesta contra la injusticia social no tiene por qué llevar a la negación de la patria. Sólo reniega de ella quien se siente incapaz de transformarla. Marx no dijo «las patrias no existen». Sino, los trabajadores «no tienen» patria. Pero pueden tenerla, conquistándola, reivindicándola. La Rusia actual se llama a sí misma «la patria de los trabajadores». Ello confirma que la aserción de Marx no tuvo carácter eterno y absoluto.

Como la ceguera ortodoxa ha permitido que la reacción europea motorice sus afanes torciendo el nacionalismo y aprovechándolo para sí, no resulta extraño que éste, en el viejo mundo, conduzca a la guerra y posea una tónica belicista y excluyente.

En nuestra América el nacionalismo tiene un distinto desenvolvimiento lógico. La Nación no es un conjunto abstracto de símbolos ni una entelequia. Es, además de sus tesoros del espíritu, la realidad de un territorio y la posesión efectiva de sus tangibles e intangibles fuentes de riqueza. El nacionalismo continental que alcanza su concepción más depurada en el movimiento aprista que dirige Haya de la Torre, lucha por encarnar la idea de patria dentro de su natural envoltura de carne y hueso: la economía. Pero ésta en este continente, como Palacios revela hacia el final de su libro, se encuentra sojuzgada por el imperialismo extranjero, omnipotente y peligroso. La lucha entonces deviene frente único de oprimidos y de pueblos: nacionalismo continental.

También Palacios fué de los primeros en reaccionar contra la burda y simplista interpretación del materialismo que, en manos de algunos agitadores, amenazaba convertirse en una grosera deformación monomaníaca. Apoyado en Jaurés, Palacios defiende los valores del espíritu como concurrentes a la obra de transformación humana. Debo confesar que hasta antes de 1931 era un poco escéptico respecto a los resultados de esta movilización de fuerzas morales. Pero ahora he vivido cinco años de lucha trágica en Perú, y aporto el testimonio de una experiencia irrecusable. La unión fraternal, el sacrificio estoico, la disciplina espontánea, la firme voluntad de vencer y sobre todo, la fe mística en la justicia social de una causa han permitido transformar la fisonomía del pueblo peruano, otorgándole un poder

invencible. Son estas fuerzas espirituales, concurrentes al designio histórico que la economía traza desde la infraestructura, las que sostienen invicta la causa de los trabajadores manuales e intelectuales que el aprismo representa. Habría sido desleal que silenciara estas palabras y por eso afirmo que Palacios procede con valentía necesaria cuando restaura la jerarquía ética menospreciada por un ingenuo maquiavelismo de menor cuantía.

Debo terminar. Este libro contiene no sólo un proceso minucioso y altivo del acontecimiento político más trascendental de la historia argentina contemporánea. Es también un semillero de ideas generales y una lección integral.

Tengo por Palacios un antiguo y respetuoso cariño. Cuando me pidió que prologase su libro, hice un balance de conciencia, porque entre prologuista y autor se rompe toda proporción de distancia. Empero acepté el compromiso, pues entendí útil que un hombre de las promociones nuevas, que militó en la agitación universitaria, y que trae a cuestas la experiencia de cinco años dramáticos, confirmase, con el porfiado e ilevantable testimonio de los hechos, el acierto de las grandes directivas que Palacios proclama desde hace algunos lustros.

Buenos Aires, enero de 1936.

MANUEL SEOANE

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA